

APÉNDICE I

GRACIA, VIRTUD, MISERICORDIA Y BIENAVENTURANZA

I. I. La gracia

Apartes del Catecismo de la Santa Iglesia Católica.

Nuestra justificación viene de la gracia de Dios. La gracia es el *favor*, la *ayuda gratuita* que Dios nos da para responder a su llamado: llegar a ser hijos de Dios¹, hijos adoptivos², participantes de la divina natura³, de la vida eterna⁴.

La gracia es una participación *de la vida de Dios*, ella nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria: por el Bautismo el cristiano participa de la gracia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo. Como un “hijo adoptivo”, él puede en adelante llamar a Dios “Padre”, en unión con el Hijo único. Él recibe la vida del Espíritu quien le insufla la caridad quien constituye la Santa Iglesia.

Esta vocación a la vida eterna es *sobrenatural*. Ella depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, ya que solo Él puede revelarse y darse Él mismo. Ella sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, y de toda criatura⁵.

La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida, infusa por el Espíritu Santo en nuestra alma para sanarla del pecado y santificarla: ésto es la *gracia santificante*, recibida en el Bautismo. Ella es en nosotros la fuente de la obra de santificación⁶:

“Por lo tanto, si uno vive en Cristo, uno es una criatura nueva; las cosas viejas han pasado, y he aquí, uno es un nuevo ser. Todo esto viene de Dios quien nos ha reconciliado con Él por medio de Cristo”⁷.

La gracia santificante es un don habitual, una disposición estable y sobrenatural que perfecciona el alma para hacerla capaz de vivir en Dios, de actuar por su amor. Se distinguirá la *gracia habitual*, disposición permanente de vivir y de actuar según el llamado divino, principio intrínseco y transformador, “cualidad divina inherente al alma, semejante a la luz cuyo esplendor,

¹. Cf. San Juan I, 12-18

². Cf. Romanos VIII, 14-17

³. Cf. II San Pedro I, 3-4

⁴. Cf. San Juan XVII, 3

⁵. Cf. I Corintios II, 7-9

⁶. Cf. San Juan IV, 14; VII, 38-39

⁷. II Corintios V, 17-18

envolviendo a las almas, borra las manchas de la culpa y les comunica una radiante belleza⁸; y las *gracias actuales* que designan las intervenciones divinas, ya sea al origen de la conversión o en el curso de la obra de la santificación; un relámpago de Dios que ilumina la mente, a un estímulo de la voluntad, con el cual Dios nos incita; es transeúnte como la obra, no es permanente como una disposición duradera. A los pecadores y a los justos concede Dios en forma copiosa este rocío de *gracias actuales*, las cuales guían y sostienen a los primeros en la Justificación, y conservan y estimulan a los segundos en el camino del bien.

La *preparación del hombre* a la acogida de la gracia es ya una obra de la gracia. Ésta es necesaria para suscitar y sostener nuestra colaboración a la justificación mediante la Fe, y a la santificación mediante la caridad. Dios termina en nosotros aquello que Él ha comenzado, “*ya que Él comienza haciendo por todos los modos, mediante su operación, que nosotros quisieramos: Él termina, cooperando con nuestros deseos ya convertidos*”⁹.

“*Cierto es que nosotros trabajamos también, pero nosotros no hacemos mas que trabajar con Dios quien trabaja. Ya que su misericordia nos ha adelantado para que seamos sanados, porque ella nos sigue todavía para que una vez sanados, seamos vivificados; ella nos adelanta para que nosotros seamos llamados, ella nos sigue para que seamos glorificados; ella nos adelanta para que nosotros vivamos según la piedad, ella nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, ya que sin Él nosotros no podemos hacer nada*”¹⁰.

Cuando el Apóstol San Pablo escribía a los Gálatas anunciaba que **“venida la plenitud de los tiempos, Dios mandó a su Hijo (...) a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre. Así que ya no hay más siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero por Dios”**¹¹.

Y escribiendo a los de Éfeso, estando preso, en el mismo momento en que se preparaba a revelarles el misterio oculto desde siglos, estaba tan extasiado en la grandeza del misterio de la adopción divina, por los méritos de Jesucristo, que olvidaba su triste condición y sus cadenas, para entonar, al principio de la Epístola, un himno de alabanza y de agradecimiento al cielo: **“bendito el Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo en Cristo, con toda suerte de bendición espiritual; según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria**

⁸. Cf. Obra en nosotros una renovación interior, y para decirlo con San Belarmino, nos transforma en imagen de Dios, haciéndonos puros y santos, y nos hace partícipes de la naturaleza divina. He aquí porque Santo Tomás de Aquino ha podido escribir con razón que “*la perfección que resulta, a una sola alma, del don de la gracia, sobrepasa a todo el bien esparcido en el universo*”. Nada hay, en verdad, en todo el orden natural, no obstante sus bellezas, que pueda ser paragonado a nuestra divinización y a lo que la produce. En la vida de Santa Catalina de Siena escrita por el Beato Raimundo de Capua, su confesor, cómo la Santa, habiéndole sido mostrada un día por Jesús un alma cuya conversión había obtenido ella por medio de la oración y la penitencia, exclamó: *¡era tal la belleza de aquella alma, que ninguna palabra podría expresarla!* Y nuestro Señor, indicándole ese divino esplendor, añadía: “*¿no te parece graciosa y bella esta alma? ¿Quién es entonces el que no aceptará cualquier pena para ganarse una criatura tan admirable?*”

⁹. San Agustín. Grat. 17

¹⁰. San Agustín. Nat. et Grat. 31 cf. Y qué otra cosa son todas las Epístolas de San Pablo, ¡sino una constante predicación de los inefables misterios de la gracia y de la filiación divina!

¹¹. Gálatas IV, 4-6

de su gracia, que nos a dado mediante su Hijo Amado; en el cual tenemos la redención mediante su sangre, la remisión de los pecados según la riqueza de su gracia”¹².

Cuando hablan de la gracia, los Santos Padres exponen el dogma con los más vivos colores.

San Ambrosio, por ejemplo, compara a Dios con un artista que se acerca al alma, como el pintor se acerca a la tela, y la pinta maravillosamente, de suerte que brille en ella el esplendor de la gloria y la imagen de la sustancia del Padre: *“débese a ese pincel que el alma tenga un valor tan grande... ¡Oh hombre!, tú has sido pintado: ¡pintado, digo, por el Señor tu Dios! ¡Qué excelente es el artista y qué admirable el pintor! ¡Guárdate bien de destruir en ti una pintura tan divina, hecha no de mentiras, sino de verdad, no son colores perecederos, sino con una gracia inmortal”*.

La libre iniciativa de Dios exige la *libre respuesta del hombre*, ya que Dios ha creado el hombre a su imagen, otorgándole con la libertad, el poder de conocerle y de amarle. El alma solo entra libremente dentro de la comunión del amor. Dios toca inmediatamente y mueve directamente el corazón del hombre. Él ha colocado en el hombre una aspiración a la verdad y al bien que Él solo puede colmar. Las promesas de la “vida eterna” responden, más allá de toda esperanza, a esta aspiración:

“Si Tú, al término de tus buenísimas obras (...), te has reposado el séptimo día, es para decirnos primero por la voz de tu libro, que al término de nuestras obras “que son buenísimas” por el hecho mismo que has sido Tú quien nos las has dado, que nosotros también en el sábado de la vida eterna nos reposaremos contigo”¹³.

La gracia es primero y principalmente el don del Espíritu que nos justifica y nos santifica. Pero la gracia comprende también los dones que el Espíritu nos concede para asociarnos a su obra, para hacernos capaces de colaborar a la salvación de los demás y al crecimiento del Cuerpo de Cristo, que es la Santa Iglesia.

Éstos son las *gracias sacramentales*, dones propios a los diferentes Sacramentos¹⁴. También están además las *gracias especiales* llamadas también *carismas* según el término griego empleado por San Pablo, y que significa favor, don gratuito, beneficio¹⁵. Cual sea su carácter, algunas veces extraordinario, como los dones de milagros o de lenguas, los carismas son ordenados a la gracia santificante, y tienen como fin el bien común de la Santa Iglesia. Ellos son un servicio de la caridad quien edifica la Santa Iglesia¹⁶.

¹². Efesios I, 3-7; cf. Son muy pocos hoy en día los que leen las Epístolas de San Pablo, y poquísimos entre los pocos lectores las comprenden, porque les falta esta clave necesaria para poder entender su sentido: esto es, la distinción entre el orden sobrenatural y el natural, el concepto de la gracia y de la adopción divina. Y es de lamentar que este fundamento del cristianismo sea poco tenido en cuenta aún en la predicación. Se descuidan excesivamente las raíces, limitándose a una flor del árbol, sin observar esa flor en el espíritu vivificador que la ha producido y la anima. No sucedía así en los primeros siglos de la Santa Iglesia. Las obras inmortales de los Santos Padres griegos y latinos ponen de manifiesto que lo sobrenatural formaba el objeto principal de los sermones, de las homilias y de la catequesis. San Agustín no temía extenderse en ese argumento hablando con los humildes pescadores de Hipona. El gran Doctor enseña en *De Civitate Dei*: “el Hijo de Dios, su único Hijo según la naturaleza, por una maravillosa condescendencia se ha hecho hijo del hombre, para que nosotros, que somos hijos del hombre por nuestra naturaleza, nos hiciésemos hijos de Dios por su gracia”

¹³. San Agustín. Conf. 13, 36; 51

¹⁴. Cf. Ver: **De los Sacramentos en General. Págs 193-297**

¹⁵. Cf. LG 12

¹⁶. Cf. I Corintios XII

Entre las gracias especiales, conviene mencionar las *gracias de estado* quienes acompañan el ejercicio de las responsabilidades de la vida cristiana y de los ministerios en el seno de la Santa Iglesia:

“Tenemos por lo tanto dones diversos según la gracia dada a cada uno de nosotros. Quien tiene el don de profecía la ejersa según la medida de la Fe; quien tiene un ministerio se ocupe del ministerio; quien debe enseñar, enseñe; quien debe exhortar, exhorte. Quien da, lo haga con simplicidad; quien dirige, lo haga con diligencia; quien hace obras de misericordia, las cumpla con alegría”¹⁷.

Siendo de orden sobrenatural, la gracia *escapa a nuestra experiencia* y no puede ser conocida que por la Fe. No podemos entonces confiarnos en nuestros sentimientos o en nuestras obras para deducir que somos justificados y salvados¹⁸. Sin embargo, según la palabra del Señor: **“es por los frutos que vosotros los conoceréis”¹⁹**, la consideración de los beneficios de Dios en nuestra vida y en la vida de los Santos, nos ofrece la garantía que la gracia está en obra en nosotros y nos incita a una Fe cada día más grande y a una actitud de pobreza confiada.

Se encuentra una de las más bellas ilustraciones de esta actitud en las palabras de Santa Juana de Arco a una pregunta trampa de sus jueces eclesiásticos: interrogada, si ella sabe que está en gracia de Dios; responde: **“si yo no estoy en gracia, Dios en ella me quiere poner; si estoy en gracia, Dios en ella me quiere conservar”²⁰**

I. II. Las virtudes teologales

“Habiendo, pues, recibido de la Fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también, mediante la Fe, el acceso, a esta gracia, en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios..., y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”²¹

I. II. 1. La Fe

¿Qué significa la palabra Fe? Es creer todo aquello que no entendemos y no vemos.

¿Qué deberes te ayuda a cumplir la virtud de Fe? El de creer firmemente en Dios y en todo lo que Él nos ha revelado, defender públicamente la Fe católica, es decir, todo aquello que la Santa Iglesia nos enseña, de combatir las tentaciones contra la Fe, de dar testimonio de la Fe frente a los otros con celo verdaderamente misionero.

¹⁷. Romanos XII, 6-8

¹⁸. Cf. Concilio de Trento: DS 1533-1534

¹⁹. San Mateo VII, 20

²⁰. Juana de Arco, proc

²¹. Romanos V, 1-5

Acto de Fe

Dios mío, creo firmemente todas las verdades que habéis revelado y que enseñáis por vuestra Santa Iglesia, por que vos no podéis ni engañaros ni engañarnos²²

I. II. 2. La esperanza

¿Qué significa la palabra esperanza? Es el deseo de algo aunado a la expectativa de obtenerlo.

¿Qué deberes te ayudan a cumplir la virtud de esperanza? El deber de esperar confiadamente que Dios te concederá la salvación eterna y todos los medios para alcanzarla, el de luchar contra las tentaciones contrarias a la esperanza cristiana.

Acto de esperanza

Dios mío, espero con firme confianza que me daréis, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, vuestra gracia en este mundo y, si observo vuestros mandamientos, la felicidad eterna en el otro, porque Vos lo habéis prometido y Vos sois fiel a vuestras promesas²³

I. II. 3. La caridad

¿Qué significa la palabra caridad y qué deberes te ayuda a cumplir la virtud de la caridad? Es amar a Dios de todo corazón, porque es infinitamente bueno y digno de todo amor, y es amar a tu prójimo como Jesús te ha amado a ti: **“si alguno dice: amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve”²⁴.**

¿Qué implica el mandamiento de amar a Dios de todo corazón? Este gran mandamiento de Jesús llama a todos, de cualquier categoría o clase social que sean, a la plenitud de la vida cristiana, elevada santidad y perfecto amor: *el divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, quien predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuera su condición, la santidad de vida, de la que Él es el iniciador y consumidor: “sed pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”²⁵.*

²². Cf. Es pecado contra la Fe la duda voluntaria respecto a la Fe, que descuida o rechaza tener por verdadero lo que Dios ha revelado y la Santa Iglesia propone creer, y el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Santa Iglesia

²³. Cf. Es pecado contra la esperanza desconfiar de Dios o mantener una esperanza equivocada, como sería confiar en la misericordia de Dios, a la vez que se rehusara detestar los pecados y enmendar la vida. Esto es el pecado de presunción

²⁴. I San Juan IV, 20

²⁵. San Mateo V, 48; cf. Concilio Vaticano II. Iglesia. Núm. 40

¿Cuáles son las mejores formas de mostrar amor al prójimo?

- 1) Las obras de misericordia espirituales.
- 2) Las obras de misericordia corporales.

¿Nos presentó el Señor Jesús alguna vez un esquema de perfecta vida cristiana? Sí, en el Sermón de la Montaña, especialmente en las normas para alcanzar la felicidad que son las Ocho Bienaventuranzas²⁶.

¿Cuáles son los pecados contra la caridad cristiana? Pensar, hablar, actuar hostilmente contra los otros, como tener odio, envidia, enemistad, dar escándalo, cooperar en los pecados de los otros, rehusar el perdón a los que nos ofenden.

Acto de caridad

Dios mío, os amo de todo corazón y por encima de todas las cosas, porque Vos sois infinitamente bueno e infinitamente amable, y amo a mi prójimo como a mí mismo por amor a Vos²⁷

I. III. Las obras de misericordia

I. III. 1. Las siete obras de misericordia corporales

- 1) Dar de comer a los hambrientos.
- 2) Dar de beber a los sedientos.
- 3) Vestir a los desnudos.
- 4) Alojar a los peregrinos.
- 5) Visitar a los enfermos.
- 6) Visitar a los encarcelados.
- 7) Enterrar a los muertos

I. III. 2. Las siete obras de misericordia espirituales

- 1) Aconsejar a los dudosos.
- 2) Enseñar a los ignorantes.
- 3) Corregir a los pecadores.
- 4) Consolar a los afligidos.
- 5) Perdonar las ofensas.
- 6) Soportar con paciencia a las personas fastidiosas.
- 7) Orar a Dios por los vivos y los muertos²⁸

²⁶. Cf. San Mateo V, 1-11

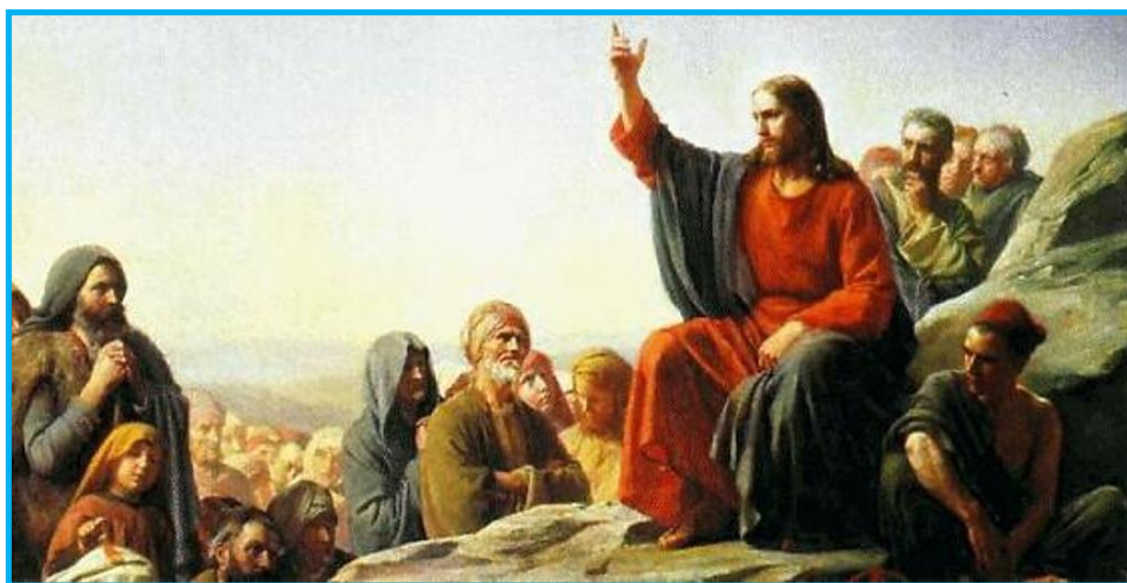
²⁷. Cf. Es pecado contra la caridad la indiferencia, que descuida o rechaza la caridad divina, la ingratitud, la tibieza, la acedia o pereza espiritual y el odio a Dios, que tiene su origen en el orgullo; este artículo sobre las virtudes teologales ha sido tomado de: Catecismo de la Doctrina cristiana. P. Gaspar Astete. Ed. San Antonio. Rionegro. Colombia. Págs. 23-24; Catecismo de la Santa Iglesia Católica. Núms. 1691-2051

²⁸. Cf. Compendio del Catecismo de la Santa Iglesia Católica. Apéndice. B. Formulas de Doctrina Católica

I. IV. Las bienaventuranzas

La continua predicación y enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo ha quedado formulada en un único texto, resumen o compendio asequible de aquello que los Evangelistas entienden como el núcleo de la felicidad que Cristo promete a los que le siguen.

Son las bienaventuranzas. Se llaman así porque de modo armónico e insistente explica las características de los justos en el nuevo reino. Veamos estas bienaventuranzas e intentemos captar el contenido más hondo:



El Sermón de la Montaña

“Al ver estas multitudes, subió a la montaña, y habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos. Entonces abrió su boca, y se puso a enseñarles así:

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque a ellos pertenece el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque serán hartados.

Bienaventurados los que tienen misericordia, porque para ellos habrá misericordia.

Bienaventurados los de corazón puro, porque verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque a ellos pertenece el Reino de los Cielos. Dichosos seréis cuando os insultar, cuando os persiguieren, cuando dijeren mintiendo todo mal contra vosotros por causa mía. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los Cielos, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes que vosotros”²⁹.

Lo que Jesús muestra en las bienaventuranzas es a Él mismo. Él es el bienaventurado, el Santo, la plenitud de la Nueva Ley.

²⁹. San Mateo V, 1-11; cf. San Lucas VI, 20-23

El cumplimiento de la ley del nuevo reino de Dios consistirá en seguirle, en imitarle, en ser igual que Él en la medida de lo posible.

Una mirada más profunda nos lleva a ver en Nuestro Señor Jesucristo al pobre, que sin nada vino al mundo y sin nada se irá, siendo Señor de todo lo creado.

Es el manso y el pacífico, que se manifiesta, animando, reconciliando a los hombres con Dios, entre sí y en su interior.

Las lágrimas ocuparán un lugar en su vida y será consolado por ángeles antes del sacrificio redentor.

Es el hambriento y el sediento de la nueva justicia, que como don divino se derramará sobre la tierra.

Sembrador de misericordia, alcanzará el perdón a los contritos de corazón y a las ovejas perdidas.

Su limpieza de corazón llegará hasta la ausencia de todo amor propio, en un amor verdadero que se derramará sobre todos los hombres. Él es el Hijo de Dios, en una generación eterna de tal plenitud que es consustancial al Padre: **“Yo y mi Padre somos uno”**³⁰, dirá más adelante.

Además, será el perseguido por enseñar la senda del amor que el mundo no puede entender, porque está lleno de pecado.

Y en la octava bienaventuranza, vemos a Cristo enclavado en la cruz, el sacrificio perfecto entre el cielo y los hombres, salvando a todos.

Cristo en las bienaventuranzas se muestra a sí mismo como camino de la nueva felicidad. Todo este aluvión de luz, de verdad y de vida, debía ser comunicado a los hombres de un modo gradual. De entrada, la mayoría no podía soportar tanta verdad pues era necesario romper los esquemas antiguos. Por eso, Cristo se revela veladamente, manifestándose a través de una moral nueva, la moral de las bienaventuranzas.

En un primer nivel les dice que serán felices y justos si saben vivir con pobreza, con mansedumbre, con ánimo pacífico y pacificador, con corazón misericordioso, siendo limpios de corazón y llenos de rectitud de intención en lo más íntimo; que los que tienen hambre y sed de justicia la recibirán, igual que si saben llorar y llevar bien las persecuciones.

Nunca ha hecho felices a los hombres el ansia de dinero o de poder, ni el espíritu violento, ni la rebeldía ante las dificultades, ni el corazón sucio y retorcido, ni el alma inmisericorde o dura, que no sabe sufrir con los que sufren, ni el rencor ante las persecuciones.

La felicidad sólo puede estar en el amor verdadero, y las bienaventuranzas marcan la senda de un amor rico en matices que abarca las situaciones reales de la vida.

Por otra parte el premio es extraordinario: el Reino de los cielos, con lo que significa de poseer la tierra, ser consolados, ser saciados de justicia, alcanzar misericordia, ver a Dios, ser llamados hijos de Dios y, al morir, una gran recompensa en los cielos. Esta es la plenitud del reino de Dios que Cristo anuncia. Más no se puede pedir. El reino de las bienaventuranzas es la plenitud humana alcanzada como don de Dios a los que quieren creer y vivir la nueva vida y la nueva alianza. Al final de los tiempos los justos vivirán esa bienaventuranza de un modo pleno.

³⁰. San Juan X, 30

Verdaderamente, es feliz el que sabe ser pobre y vivir desprendido de las cosas de la tierra, libre de las ataduras del deseo y del ansia de posesión. Es feliz el que al llorar, recibe el consuelo de saber que sus sufrimientos no son inútiles y sin sentido, sino que se pueden convertir en un sacrificio que ayude a salvar a otros hombres en una comunión espiritual de los santos. Es feliz quien tiene dominio interior de sus pasiones, en una mansedumbre, que es poder sereno, lejos de la violencia. Es feliz el que sabe que todos los deseos de justicia y amor serán saciados con abundancia. Es feliz quien tiene buen corazón con el que sufre, en el alma o en el cuerpo, y es tratado con una misericordia que, unas veces es perdón y otras caricia. Es feliz el que mira al mundo, las personas o a Dios, con mirada limpia, y entiende las cosas con visión sobrenatural. Es feliz quien siembra paz y concordia entre los hombres, para que aprendan a amarse, también cuando son poco amables. Puede ser feliz, incluso, el perseguido por ser fiel a Dios, ya que así puede asemejarse a Jesús, que es el inocente que paga las deudas de los pecadores porque los quiere con un amor que les eleva más que les juzga.

En un juego de antítesis, Jesús enunciará, en otra ocasión, cuatro ayes como lo opuesto al espíritu de las bienaventuranzas:

“Mas ¡ay de vosotros, ricos!, porque ya recibisteis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos!, porque padeceréis hambre. ¡Ay de los que reís ahora!, porque lloraréis de dolor. ¡Ay cuando digan bien de vosotros todos los hombres!, porque lo mismo hicieron sus padres con los falsos profetas”³¹.

Son lamentos por los que se dejan llevar por el espíritu del mundo, por el egoísmo y la falta de amor. Jesús desvela el amor verdadero frente al pecado y al mal amor del que busca sólo lo propio. Debe temer a quien pone su corazón en las cosas de la tierra; pues todas le serán quitadas, y se le secará el corazón. El que se sacia, buscando sólo bienes materiales, experimentará el vacío en el alma.

Como consecuencia de esta nueva moral de amor pleno, Jesús anuncia a los que crean que serán sal de la tierra y luz del mundo. El mundo y los hombres se salvarán de la corrupción si sus discípulos saben llevar ese mensaje a todas las realidades humanas con su palabra y, sobre todo, con su ejemplo y obras en esta vida:

“Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal pierde su sabor, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para que, tirarla fuera, la pisen los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede esconderse una ciudad situada sobre una montaña. Y no se enciende una candela para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero, y así alumbre a todos los que estén en la casa. Así brille vuestra luz ante los hombres, de modo tal que, viendo vuestras obras buenas, glorifiquen a vuestro Padre del Cielo”³².

El mundo movido por el pecado se mueve en la corrupción y en la oscuridad. El sabor y la claridad en el camino vendrán de quien sepa ser como Cristo en su nueva moral de amor pleno³³

³¹. San Lucas VI, 24-26

³². San Mateo V, 13-16

³³. Cf. Catecismo de la Santa Iglesia Católica. Núms. 1716-1729